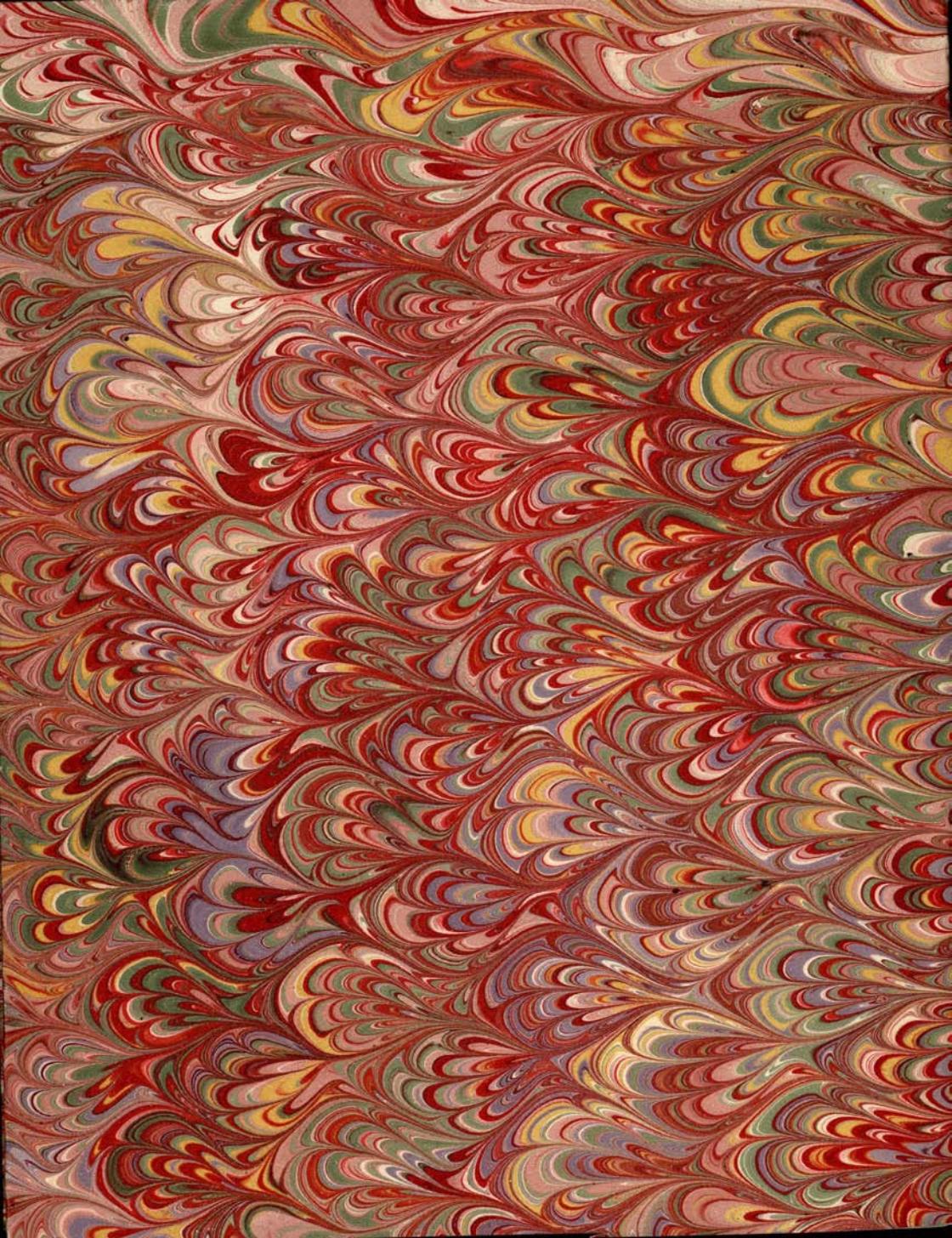


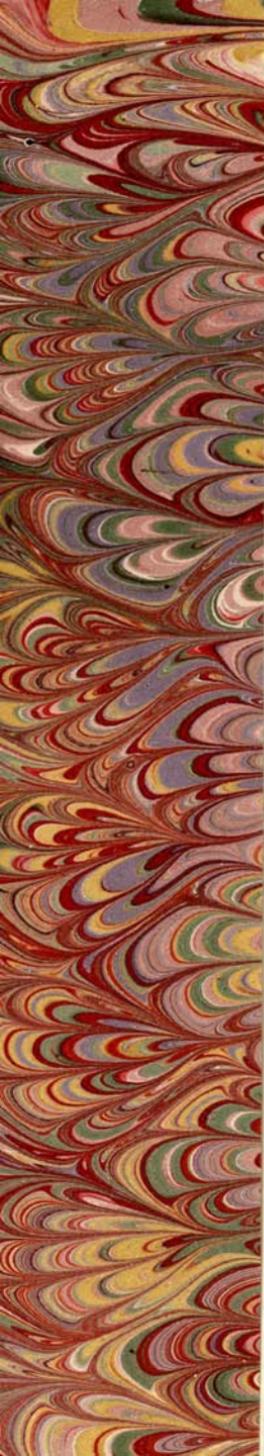
A-C.119/1

Miguel Huerta

**ORACIÓN FÚNEBRE
POR
LOS MILITARES ESPAÑOLES**

Madrid 1818





A. G. 119/1

Columbus de
Humboldt

^B
64859
2079/1

EXPOSICION EUNEBRE
DE LOS MILITARES ESPAÑELES
DE LOS MILITARES ESPAÑELES
DE LOS MILITARES ESPAÑELES

LA VIRTUD Y EL VALOR
DE LOS MILITARES ESPAÑELES.

El Rey P. Hijo. Fr. MIGUEL HURTADO
COMANDANTE GENERAL DEL CUERPO REAL DE LAS
ARMAS, Y PRESIDENTE DE LA COMISION DE LA EXPOSICION
DE LOS MILITARES ESPAÑELES



IMPRESION DE DON MIGUEL DE LOS RIOS.

LA VIRTUD Y EL VALOR

DE LOS MILITARES ESPAÑOLES.



ORACION FÚNEBRE

QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

Y HONRAS FUNERALES

DE TODOS LOS MILITARES ESPAÑOLES DIFUNTOS
 celebradas por el real y supremo consejo de
 la Guerra en la real iglesia de san Isidro de
 Madrid el 16 de diciembre de 1817

DIJO

*en presencia del Rey nuestro señor
 y del Ser. mo S. r. Inf. mo D. Carlos*

EL Rmo. P. Mtro. FR. MIGUEL HUERTA,
 EXAMINADOR SINODAL DEL CONSEJO REAL DE LAS
 ORDENES, Y PREDICADOR DE S. M. EN SU CONVENTO
 DE SAN FELIPE EL REAL DE ESTA CORTE,
 ORDEN DE SAN AGUSTIN.

MADRID 1818.

IMPRESA DE DON MIGUEL DE BURGOS.

ORACION FUNEBRE

QUE EN LAS SOLEMNES EXECUCIONES

Y HORAS FUNERALES

DE TODOS LOS MILITARES ESPAÑOLAS DEFUNTO

celebradas por el real y suplicado consejo de
la Guerra en la real iglesia de san Isidro de
Madrid el 10 de diciembre de 1817

DI

en presencia del Sr. D. Juan de Dios
y del Sr. D. Juan de Dios
D. Carlos

El Rmo. P. Mtro. Fr. MIGUEL HUERTA,
EXAMINADOR SINDICAL DEL CONSEJO REAL DE LAS
ORDENES, Y PREDICADOR DE S. M. EN SU CONVENTO
DE SAN FERRE EN REAL DE ESTA CORTE,
ORDEN DE SAN AGUSTIN.

MADRID 1818.

IMPRESA DE DON MIGUEL DE BURGOS.

AL SERENÍSIMO SEÑOR

D. CARLOS MARÍA ISIDRO DE BORBON,

INFANTE DE ESPAÑA,

CORONEL DE LA BRIGADA DE CARABINEROS REALES, GENERALÍSIMO DE LOS REALES EJÉRCITOS, VICE-PRESIDENTE DEL REAL Y SUPREMO CONSEJO DE LA GUERRA, &c. &c. &c.

SERENÍSIMO SEÑOR.

La favorable proteccion que V. A. R. se ha dignado dispensarme las muchas veces que he tenido el honor de anunciar la santa palabra en su augusta presencia, me lisonjéa de la benigna acogida que este pequeño obsequio, el elogio de los militares españoles difuntos, hallará en la magnanimidad de su espíritu y en la bondad de su corazon.

Los altos cargos que el Rey nuestro señor su augusto hermano le ha confiado, y que V. A. R. desempeña con ventajas y lustre de la milicia Española, piden de justicia que el nombre de V. A. R. corone y dé realce á las alabanzas que se tributan á nuestros ilustres guerreros.

Ruego á V. A. R. se digne aceptar una oracion que en cortas páginas presenta alguno de los muchos rasgos de virtud y de valor que admiramos en nuestros difuntos militares.

El cielo prospere á V. A. R. dilatados años para apoyo y engrandecimiento de la monarquía Española.

Serenísimo señor

A L. R. P. de V. A.

Su menor capellan

Fr. Miguel Huerta.

Considera Israel pro his, qui mortui sunt super excel-
sa tua vulnerati: Inclyti Israel interfecti sunt.

Lib. II. Regum cap. I. y. 18.

SEÑOR.

Un Rey formado segun el corazón de Dios, lleno de fe y todo ocupado del pensamiento de la eternidad: un Rey santo, elegido para presidir á un pueblo predilecto, y pelear las batallas del Dios de sus padres: un Rey inocente, perseguido de un rival injusto, y obligado á buscarse un asilo en un reino extraño é idólatra: David, el tierno y sensible Da-

vid cuando recibió la infausta noticia de la derrota del ejército de Israel, y de la desgraciada muerte de sus valientes capitanes Saul y Jonatás, lloró, gimió inconsolable, y endechó este cántico fúnebre; el mismo, Señor, que el cielo dirige hoy por mi ministerio á estos vuestros fieles y leales guerreros.

“Considera ¡oh Israel! fija tu atención sobre los que, cubiertos de heridas, murieron en el campo de batalla. Tus ínclitos, tus robustos varones, tus intrépidos soldados fueron muertos. Ah! ¿cómo cayeron los fuertes? ¿cómo fue abatido el escudo de tus valientes, cuyas flechas nunca volvieron atrás, cuya espada jamas se retiró en vano? Llorad, hijas de Israel! llorad sobre vuestros defensores.” Murieron los que, pródigos de su sangre, y aun de su existencia, sostuvieron el honor nacional, y enriquecieron el reino con los despojos de nuestros enemigos: finaron los fuertes: la parca airada abrevió con crueldad su preciosa vida.

¡Oh Israel! considera. ¡Oh Madre España! reflexiona sobre los esforzados campeones, que cubiertos de heridas en tu defensa, murieron en tus celebrados campos. ¿Mirarás, ¡oh

dulce patria mia! ¿mirarás con semblante indiferente los restos preciosos, las inanimadas cenizas de aquellos tus hijos, que alegres y gustosos sacrificaron sus vidas por defender á tus idolatrados príncipes, y hacer respetar á las naciones enemigas la decorosa magestad del trono respetable de tus reyes?

¡Españoles de todas clases! ¿dejareis ociosos y sin efecto los incontestables derechos que tienen á vuestra gratitud nuestros difuntos militares? Unas sienes tantas veces ceñidas con laureles salpicados con sangre enemiga: unos pechos que, cual si fuesen de bronce, rechazaron los obstinados tiros que nuestros encruelecidos enemigos dispararon contra nuestra amable libertad: unos cuerpos que sirvieron de baluarte contra la impetuosa ambición de pueblos extraños: unos hombres, que á la tierna cualidad de hermanos nuestros reunieron el inapreciable mérito de defensores de nuestra existencia política á costa de penosos sacrificios, de privaciones, de inminentes riesgos, con dispendio de su sangre, de su misma vida: ¿estos beneméritos é ilustres héroes habian de quedar para siempre confundidos bajo la misma fria losa que cubre los despo-

jos de aquellos que abandonados á una torpe indolencia consagran sus dias al ocio, al regalo, á la comodidad y á los placeres?

Sus heroicas virtudes ¿no habian de recibir el justo testimonio que reclama la gratitud reconocida? Sus marciales exemplos, dignos de proponerse por modelo á los siglos venideros, ¿serian privados del derecho que tienen á que sean imitados de los que los han sucedido? Sus almas grandes y generosas ¿habian de llorar despues de una muerte ilustre los efectos de la dura insensibilidad de los vivientes?

Ah! no. A mayores y mas dignos obsequios se hicieron merecedores por sus inmortales empresas. Sus nobles hazañas, sus importantes servicios, las lúgubres escenas que tantas veces repitieron impávidos, aún viven: estan presentes, y con un mudo, pero elocuente language nos dirigen hoy sus endechas diciendo: Considerad, ¡oh españoles, dignos hijos nuestros! fijad vüestra atención sobre los que, cubiertos de heridas por vüestra causa, fuimos muertos. No defraudeis á nuestras magnánimas virtudes del honor que les es debido. No olvideis los gloriosos ejemplos que os

legamos en nuestra lamentable separacion. Tened presente nuestra suerte póstuma;

Estas son, Señor, las justas reclamaciones que nuestros difuntos militares nos hacen desde el frio sepulcro que atesora sus nobles cenizas. Este el justo tributo que su heroismo exige de nosotros. Esta la bella leccion que hoy nos da ese hermoso cenotafio, cuyos adornos, insignias y trofeos reproducen la dulce memoria de nuestros mas felices y venturosos tiempos. Y esto mismo es lo que forma todo el plan del discurso que intento pronunciar en la real presencia de V. M.

Considerad, ¡oh vosotros, dignos herederos del nombre, del valor, de la virtud y heroicidad de aquellos que murieron consagrados al servicio de la patria! considerad sus virtudes; mirad sus ejemplos; no os olvidéis de su situacion menesterosa. Tened en consideracion sus virtudes para elogiarlas; sus ejemplos para imitarlos; sus necesidades para auxiliarlas.

¡Dios del tiempo y de la eternidad! ¡Dios de los vivos y de los muertos! Yo imploro humilde vuestra divina asistencia para poder llenar mi deber en este dia; para hablaros dig-

namente, católicos, del grandioso objeto, que nos ha reunido en este santo templo consagrado al Dios de los ejércitos; para excitar, Señor, en el ánimo de estos vuestros fieles y leales guerreros dignos sentimientos marciales. Ruego á V. M. se digne prestarme su benévola atención.

§. I.

Aunque es cierto que los siglos de barbarie no deben servir de regla al presente, ni debemos buscar en ellos instrucciones capaces de formar militares sólidamente virtuosos; no obstante es preciso confesar que, examinados con reflexion, suministran unas ciertas luces, mas copiosas y mas claras que lo que comunmente se imagina. Siempre presentan ciertos vestigios de probidad y de costumbres, que depurados por la política y las ciencias, por las leyes y la moral, sirven á formar un cuadro interesante digno de nuestra admiración.

Y efectivamente: si para elogiar, como es justo, las heroicas virtudes de nuestros difuntos militares hubiese yo de retrogradar á nues-

tros primitivos tiempos, á los siglos en que nuestra España no descubria sino el tosco y desapacible aspecto de hombres indómitos, feroces y belicosos; no me sería difícil manifestar que las legiones españolas, en medio de su genial aspereza é indomable rusticidad, amaban constantemente la justicia, castigaban con severidad al delincuente, apedreaban al parricida, odiaban el trato y comercio del malvado, respetaban la ancianidad, eran frugales, y tan decididas á sostener á todo trance el decoro é independencia nacional, que los fenicios, cartagineses y romanos sintieron, mal de su grado, y probaron en sí mismos lo difícil de vencer, y la imposibilidad de mantener largo tiempo sojuzgado á un pueblo generoso, que sabe apreciar las virtudes morales.

La vergonzosa y precipitada fuga con que los fenicios desalojaron la Bética, preconizará eternamente la suma prudencia del anciano Argantonio, y la natural aversion de nuestros mayores á la doblez y superchería.

El espanto y arredramiento que cubrió el ánimo de los esforzados cartagineses presididos por el robusto y valiente Anibal, inmor-



talizará el celebérrimo patriotismo de los sanguinos.

Los desastrosos daños y terribles desgracias que vinieron como en inundacion sobre el pérfido Galba, Marco Vitilio, Cayo Plaucio, y otros insignes pretores de la soberbia Roma, ensalzarán el mérito indisputable de Viriato, su firme adhesion á la lealtad, á la fe, al sagrado de la palabra.

Los numantinos, en fin, los cántabros y celtíberos nos proveerán de hechos memorables, todos decisivos del singular aprecio que hacian los militares españoles de las virtudes que ennoblecen al hombre. Hasta que se terminen los siglos se publicará con justo encajecimiento su amor y respeto á los grandes capitanes, así como su incorruptible fidelidad, en la que eran tan íntegros y por la que se hicieron tan recomendables, que Sertorio á quien llamaban su Anibal, Cayo Cesar y Octaviano Augusto creyeron no poder ser custodiadas sus personas de una guardia segura, fiel y leal, si no era compuesta de solo militares españoles.

Pero conviene repetirlo : los siglos bárbaros, aunque fecundos en militares de probi-

dad y de virtud, no deben ocupar un lugar distinguido en los elogios á que se hicieron merecedores los que heridos en el campo del honor durmieron el santo y dulce sueño de la paz, herencia exclusiva de los hijos de la fe.

Empléense en buen hora los laboriosos y beneméritos investigadores de nuestras antiguas glorias en reproducir y conservar en mármoles y en bronces nuestros esclarecidos timbres. Nosotros, Señor, que llamados á la admirable luz del Evangelio santo, creemos que el hombre, privado de la gracia gratuita de la fe, no puede tener parte en las eternas bendiciones de Sion: nosotros, que instruidos en los principios de la revelacion, sabemos que sin el sentimiento de la inmortalidad y sin el conocimiento del Dios verdadero no se puede ser sólidamente virtuoso; nosotros no debemos elogiar hoy las virtudes paganas; virtudes comunmente animadas del vicio de la vanidad, segun que lo vemos comprobado prácticamente en los siglos ilustrados de Roma y de Atenas; pues que los sábios del liceo y del pórtico, los grandes oráculos de la filosofía, si fueron humildes, nos consta fue

por orgullo; si honestos, por vanagloria; si generosos, por ostentacion; si fieles, por respetos humanos; si reconocidos, por amor propio: por manera que si pretendemos encontrar entre ellos un modelo de virtud, no hallaremos nunca sino un héroe de la vanidad.

Las virtudes cristianas de nuestros católicos guerreros son las únicas á quienes debemos tributar nuestros elogios. ¡Qué nobles por cierto! ¡qué heróicas! ¡cuán dignas de nuestras alabanzas las que admiramos en los Recaredos, Tulgas, Recesvintos, Wambas y Rodrigos!

El solo nombre de don Pelayo bastará siempre á formar una victoriosa apología de las grandiosas virtudes que en todos tiempos han ennoblecido á nuestros ilustres militares. Expuesto el virtuoso infante á todos los horrores de la mas espantosa desolacion que puede venir sobre un reino cualquiera; sin otro auxilio que mil infantes, triste resto del poder de la monarquía Española; solicitado vivamente á sucumbir, é invitado con halagüeñas proposiciones por aquellos mismos en quienes debia encontrar un apoyo á sus piado-

sas intenciones; compelido por una imperiosa necesidad á optar entre el deber y la esclavitud mas torpe..... ¡Oh, malhadada virtud, á qué extremo reducís á vuestro héroe! ¿Qué hará el valeroso infante? ¿Cederá á las apuradas circunstancias que le comprometen? ¿Blandeará su ánimo? Ah! era virtuoso; y cual otro Arístides, superior á los sobornos y cohechos de los agentes de Mardonio, no desmaya en el peligro. Era virtuoso; y un capitán cuyo corazón está fortificado con el escudo invencible de la fe, nunca hace traición á sus principios, ni se nota en él aquella mezcla vergonzosa de valor y de cobardía que con justicia se censuró en los pretendidos grandes guerreros, que la antigüedad apellidó héroes: en un Bruto por ejemplo, fiel hasta morir por su patria, y traidor hasta blasfemar de la virtud: en un Caton, muy valiente para combatir al enemigo de la república, y sumamente cobarde para sostener su persona y su triunfo. El infante no desconocía la inferioridad de sus fuerzas comparadas las inmensas y aguerridas de los enemigos del nombre cristiano; pero era virtuoso, y de consiguiente sabia, *que era mejor*

*morir en batalla, que no ver el exterminio de su nacion y del santuario.**

La severidad inexorable de la crítica pretenderá tal vez reducir á un problema la precipitada y felicísima carga que hizo el infante sobre los moros, y el repentino derrocamiento del monte Fusena, bajo cuyas ruinas quedaron sepultados sesenta mil enemigos. Podrá no ser mas indulgente con relacion á las santas virtudes que brillaron en don Alonso I, las que el cielo premió en su muerte de un modo sensible y portentoso. La piedad de don Ramiro I; su ardoroso celo por la honra de Dios y lustre del nombre español; la firmeza de su fe en la memorable jornada de Clavijo podrá igualmente ser contestada de la mordacidad del espíritu razonador de hombres nimiamente delicados. Pero ¿quién osará contestar la santa valentía, la indomable constancia con que los militares españoles sostuvieron la causa de la religion y de la patria durante la larga serie de años que pelearon contra las veteranas huestes moriscas? ¿Podrá obscurecerse ja-

* Lib. I. Machab. cap. 3. v. 59.

mas la gloria que engrandeció á nuestros virtuosos guerreros cuando sojuzgada toda la España por una gente descomunal y bárbara, hollado con pie sacrílego nuestro patrio-suelo, incendiados nuestros templos, proscritos nuestros sacerdotes, infamados nuestros ciudadanos, y prostituidas ó deshonradas sus esposas, se remontaron sobre tan inveterados males, sin permitir que sus briosos brazos se desarmasen en ningun tiempo?

Oh, dulces nombres! nombres gloriosos! Alonsos, Sanchos, Ramiros y Fernandos! Fernan-Antolinez! Fernan-Gonzalez! Nuño! Gonzalo! Rodrigo Diaz de Vivar! vuestras virtudes todavía viven. Intrépidos Jaymes! esforzados Pedros! nobles Raymundos, dignos renuevos del célebre Ludovico Pio! la injuria de los tiempos y la distancia de los siglos no ha podido borrar de nuestra memoria la ardorosa valentía con que enervásteis el brazo fuerte de los moros, desarmando su bárbaro furor, resistiendo impertérritos el duro golpe de su alfange, y conservando siempre respetable el nombre cristiano que nos distingue y enriquece.

Noble caballería de Santiago, Calatrava y

Alcántara! Los siglos venideros honrarán perpetuamente vuestro infatigable celo en promover los ricos intereses del catolicismo de los españoles.

Alonso de Guzman...! no en vano te apellidaron con el glorioso renombre del *Bueno*. La virtuosa nobleza con que olvidando las injurias recibidas de don Alonso X, le auxiliastes generoso, y le proporcionastes importantísimos artículos para apagar una revolución levantada contra su persona y sostenida por su hijo don Sancho: tu noble generosidad hará honor eterno á nuestros leales militares, y merecerá siempre mayor y mas justo aprecio que el que hicieron los romanos del Centurion Ligustino en los apuros de la república.

Los Fadriques, los Zúñigas, los Mendozas, los Lopez de Angulo, y los Cuellar, servirán siempre de ejemplo á los que reconociendo en sus reyes una imagen animada de la divinidad, á quienes se debe el honor, la obediencia y el amor, procuran por medios honestos impedir que su soberanía sea usurpada por un mañoso privado.

Y Gonzalo Fernandez de Córdoba... Pero ¿y

quién es capaz, Señor, de numerar los dignos militares españoles, que en sus dias copiaron en sí mismos las mas nobles virtudes? La imperturbable serenidad con que este Gran Capitan sobrellevó los amargos pesares que le acarrió un espíritu cabiloso, aventajará siempre la heroicidad con que Epaminonda, peroró delante de los jueces que despues de la victoria de Leuctras le reconvinieron en juicio y le sentenciaron á muerte.

La inalterable resignación con que Colón sufrió verse sin honor, sin libertad y cargado de grillos en el mismo terreno que habia sido teatro de sus glorias, obscurecerá los elogios que la antigüedad tributó á Pelópidas cargado de cadenas en las cárceles del tirano Ferés. La incorruptible lealtad de un Gonzalo Pizarro, en medio de las halagüeñas invitaciones del juriscònsulto Cepeda y del célebre Carvajal; postergará el desinterés tan ponderado de Cincinato, y el desprendimiento de Timoleon. La fidelidad ejemplarísima de Hernán Cortés, no obstante verse pesquisado cruelmente por Cristoval de Tapia instigado por Fonseca, reclamará siempre mas cumplidas alabanzas, que

las que tributaron al vencedor de Maratón cuando se vió infamado del general Adimanto.

Y para no ser prolijo en materia tan vasta: nuestros difuntos guerreros, nuestros circunspectos militares serán en todos tiempos como un rico tesoro donde se encontrarán todas las virtudes cristianas, políticas y morales, que hacen al hombre merecedor de las públicas alabanzas. Virtudes mas recomendables y mas heroicas que las que admiró la antigüedad en Roma, Atenas y Esparta. Virtudes que harán eternamente preciosa su memoria, y que les dará un derecho incontestable á decirnos con el Profeta: ¡Oh pueblo venturoso del nuevo Israel! ¡oh españoles! tened consideracion á nuestras virtudes para tributarlas el justo homenaje á que se hicieron merecedoras; para no defraudarlas del honor que la justicia reclama en su favor. Considerad asimismo nuestros marciales ejemplos para imitarlos.

§. II.

Sus ejemplos. ¡Rogára á Dios estuviesen siempre presentes en el ánimo de los beneméri-

tos militares, que hoy sirven de lustre y de apoyo al augusto trono que el cielo ha confiado á V. M.! Los marciales ejemplos de nuestros difuntos guerreros. ¡Que grandes en valor é intrepidez, en nobleza y lealtad, en patriotismo y amor á nuestros reyes!

Ningun favor hizo Patérculo á nuestras valerosas legiones: no hizo sino dejar hablar á la verdad y á la justicia, cuando dijo: "España * acabó con los Escipiones: sus soldados mandados por Viriato fatigaron las armas de los romanos en veinte años de ignominiosa guerra, y con el terror de la de Numancia los consternaron y quebrantaron. En España se vió el senado obligado á invalidar las paces que habian ajustado Q. Pompeyo y Mancino, y á entregar su general á los enemigos. España consumió tantos cónsules, tantos pretores, y en tiempo de nuestros padres levantó á Sertorio á tanta gloria, que por cinco años estuvo indeciso qué nacion era mas valiente, si la romana ó la española, y cuál de estos dos pueblos merecia ó era mas digno de ocupar el imperio de la tierra."

* Lib. 2. n. 90.

Tampoco añadió nuevo lustre á nuestras antiguas glorias, ni tuvo necesidad de mendigar exteriores adornos para pintar con vivos colores la consternacion que se apoderó del ánimo de Cesar Octaviano Augusto, cuando los cántabros asturianos y gallegos le obligaron á abrir por tercera vez las puertas del templo de Jano, que poco antes habia mandado cerrar creyendo duradera la paz general del imperio.

El nombre Español siempre ha impuestto. Ninguno ha provocado impunemente su indomable valentía. La intrepidez de nuestros militares siempre ha sido temida y respetada de los extraños; y si en épocas verdaderamente lastimosas una imperiosa y dura necesidad obligó á nuestras huestes á sufrir un yugo extranjero, no se olvidaron nunca de los deberes del patrio-honor: supieron desprenderse de su indecoroso peso, y recobrar su independencía.

La ignominiosa derrota que de nuestros godos recibieron los alanos, los suevos, los vándalos y silingos patentiza esta verdad incontestable. La memorable guerra narbonense sirve igualmente de decisivo testimonio pa-

ra comprobar, que son inútiles cuantas medidas, aun las mas bien combinadas, tomen nuestros enemigos para invadir nuestro envidiado suelo. La continuada alternativa de victorias y de pérdidas que por espacio de cerca de ocho siglos fatigó el ánimo de los bárbaros africanos, es asimismo una lección práctica que instruirá á todas las naciones, y les demostrará, que los militares españoles aunque no superiores á fuerzas extraordinariamente mayores en número, sí lo son en la valentía, con la que por último logran su amable libertad.

Pero sin recurrir á tiempos tan remotos: el reinado de don Fernando y doña Isabel, llamados los Reyes Católicos; el de los Carlos, Felipes y Fernandos, ¿no son como un foco que despide rayos luminosos de animosidad, de valor é intrepidez, dignos de anteponerse con ventaja á los que se celebraron con tanto encarecimiento en los siglos heroicos?

¡Celeberrimo cerco de Granada! tú, sí, tú nos recordarás siempre memorias agradables del inexpugnable valor del militar español, que no temió nunca ni le arredró el peligro.



¡Inquieto Nápoles! ¡Agitada Sicilia! Hablad, hablad hoy por mí.... Oh! desventurado don Alonso Dávalos, marques de Pescara! Generoso Juan de Lanuza! Esforzados Diego de Mendoza, Íñigo Lopez de Ayala, Hugo de Cardona! vuestra nobleza y patriotismo hará honor eterno á nuestras invencibles y triunfantes banderas. ¡Manuel de Benavides, Antonio de Leyva, Luis de Herrera....! La Francia, sí: los franceses que aun lloran la muerte de La-Lande, hacen á pesar suyo el elogio de vuestra valentía.

Pueblos de Canosa y Cirinola! Famosa Cannas! Impetuoso Ofanto...! testigos fuísteis del impertérrito valor con que se baten los héroes españoles, cuando median los intereses de sus monarcas y las glorias de nuestra amada patria. Memorable cerco de Gaeta! Paso del rápido Garellano! Rendicion de san German y Roca-Guillerma...! todavía suscitais en nuestro corazon el recuerdo honroso de los Garcías de Paredes y Zamudios.

Conquista de Orán y de Tenerife! Jornadas de Ravena y san Quintin! Batalla de Pavía! Italia! Flandes! Holanda....! ¿Por qué no vivirán eternamente aquellas grandes al-

mas, aquellos renombrados héroes, que en su gloriosa muerte nos legaron tantos ejemplos de valor, de nobleza y de lealtad? ¿Por qué nos los arrebataria la muerte? Pero, ahí aun viven... Viven? Sí Señor: viven. Sus marciales ejemplos no han sido estériles: en todos tiempos han sido unos mismos. En nuestros días: en el reinado de V. M.... Mi lengua, Señor, no acierta á expresar tanta heroicidad. Las lágrimas interrumpen mi voz... Víctimas santas del DOS DE MAYO! Impávidos defensores de Zaragoza y Gerona! Invencible guarnición de Tarifa! Héroes de Ciudad-Rodrigo, Tarragona, Badajoz y Valencia! Preciosa sangre derramada en Medellin, Talavera, Chiclana y Albuhera! Campos celeberrimos de las Castillas, Galicia, Aragon, Cataluña....! Qué ejemplos de valor! qué acabados modelos de nobleza y lealtad! qué ardoroso amor hácia la augusta persona de V. M. y la madre patria!

Celébrense, celebrense Roma la generosidad patriótica de sus ciudadanos, que sin otro estímulo que el del honor á que los excitó el consul Servilio, supieron olvidar repentinamente las injustas vejaciones con que los opri-

mia Appio Claudio, por atender á la defensa de la república amenazada de una armada volsca. ¿Cuántos de nuestros difuntos militares se desentendieron con magnanimidad de sus particulares y acaso justos resentimientos, diciendo: *lo primero es acabar con los franceses: lo primero es hacer venir á Fernando VII al trono de sus mayores?*

Ensalce, ensalce la Boecia aquellas grandes almas que fueron el terror del Peloponeso, á Epaminondas y Pelópidas, que á la fea ingratitude con que fueron remunerados sus grandes é importantes servicios no opusieron otras armas que las de la conformidad y moderación. ¿Cuántas veces reprodujeron esto mismo nuestros finados militares?

Alábe, alábe Siracusa al benéfico Dion, que no obstante verse expatriado, proscrito y condenado, cuando vió que su cara patria era acometida de una fuerza espantosa y casi irresistible, convocó á sus compañeros de armas y les dijo: "la patria pelagra: si nuestros brazos no pueden salvarla, á lo menos no nos privemos de la dulce complacencia de yacer sepultados bajo sus amables ruinas." ¡Rasgo heroico de lealtad y de amor al pa-

trio suelo! Pero y qué ¿es comparable con aquella enérgica frase con que nuestros ilustrados militares dulcificaban la amargura de nuestras desastrosas pérdidas; con aquel *no importa*, que bastó para salvar el reino?

¿*No importa...*? Oh héroes inmortales! Hostas puras sacrificadas en el altar honorable de la patria! Estimables víctimas inmoladas por nuestra propia seguridad! Inclitos del nuevo Israel! Robusta juventud española...! ¿*No importa*, que tu rica sangre empape la tierra, tiña los rios? ¿*No importa...*? Salve! Salve! Tus heróicas virtudes, tus marciales ejemplos se celebrarán de generacion en generacion: tus nombres se invocarán con respeto. Tú marchaste presurosa al campo de batalla: tú trepaste impávida lo encumbrado de enmarañados montes: tú refrenaste la impetuosidad de caudalosos torrentes: escalaste altos y fortificados muros. Tú hiciste enmudecer los imperiosos gritos con que la naturaleza reclamaba lo sagrado del amor paterno, lo dulce del seno maternal, los irresistibles encantos de una esposa tierna, los intereses del hogar doméstico. Tú corriste.... Que mas diré? No otra cosa, Señor, que ex-

presar con mis labios las mismas tristes voces que nos dirigen desde su sepulcro: á saber: Oh españoles! tened presente nuestra dolorosa situacion: auxiliadnos en nuestras necesidades.

§. III.

Esto solo exigen de nosotros nuestros ilustres, beneméritos y nunca bien celebrados defensores. ¿Les negaremos, católicos, este único consuelo, que esperan recibir de nuestra sensible caridad en premio y galardón de la sangre que derramaron por nuestra causa, de la vida que perdieron por nuestros propios intereses? ¿Nuestro corazón permanecerá insensible á la vista de un espectáculo tan tierno, como el que presenta este templo, donde el mas augusto de todos los Soberanos acaba de postrarse ante los altares santos para implorar la Divina misericordia en beneficio y sufragio de nuestros difuntos guerreros? ¿Miraremos con indiferencia la tierna piedad con que el Senado supremo de la noble milicia española, reunido á su augusto Cefe, ha concurrido á este respetable sitio para

reclamar las celestiales bondades (1) en favor de nuestros finados militares? Nuestra cristiana sensibilidad ¿podrá no conmoverse saludable y fructuosamente al ver la magestuosa pompa y grandioso aparato con que el pontífice santo ha ofrecido al cielo el sacrificio aceptable del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo? (2)

¿Ahogaremos, católicos, ahogaremos violentamente en nuestro pecho aquellos nobles sentimientos de humanidad y compasión que experimentamos á la vista de un infeliz? ¿Añadiremos á los santos rigores con que la Divina justicia purifica á estos ilustres cautivos en las cárceles tenebrosas del purgatorio; añadiremos el rigor de un cruel é inhumano olvido?

Oh tú, ilustre guerrero, que mereces disfrutar tranquilo, que gozas hoy de las ventajas de la victoria, que te adornas ufano con los laureles del triunfo; repara.... atiende... elévate sobre lo visible.... fija tu religiosa atención sobre aquellos tus amigos y compa-

(1) El Serenísimo Señor Infante Don Carlos, Vice-presidente del consejo supremo de la Guerra, y Generalísimo de los reales ejércitos.

(2) El Excelentísimo Señor Don Santiago Giustiniani, Arzobispo de Tiro y Nuncio de S. S.

ñeros de armas, que murieron cargados de coronas gloriosas, ganadas contigo en el campo del honor. Préstate dócil á los sentimientos de la fe.

Ya murieron, es verdad. Aquellos con quienes dividias tu amistad, que siempre te fueron fieles, que te acompañaron en la calamidad, que nunca te abandonaron en el comun peligro, que te ilustraron con sus luces, que contribuyeron á tus glorias, y promovieron tus intereses; ya murieron. El decreto irrevocable del Dios justo los separó para siempre de nosotros. Pero, ah! sus almas aun viven.... no estan libres de necesidades.... padecen. Ellos callan, es cierto: no tienen lengua para clamar: sus preciosos huesos reposan en paz: sus cenizas están mudas. Pero y qué; ¿lo está acaso nuestra comun y amorosa madre? ¿No nos insta la Iglesia con sus tiernos y maternales clamores? ¿No acaban de resonar en nuestros cristianos oídos las voces lastimeras con que en su nombre nos dice: *Apiadaos de mí, á lo menos vosotros mis amigos: compadeceos de mí, porque la mano del Señor me ha herido* (1)?

(1) Job, XIX. 21.

No seamos insensibles á tan cordiales voces : mostrémonos compasivos á su deplorable y menesterosa situacion. No limitemos nuestros caritativos servicios á solo sentimientos exteriores: cumplamos con los mútuos deberes que los vínculos sagrados de la caridad nos imponen. No perdamos de vista esta célebre sentencia del padre san Juan Crisóstomo: *pro lacrymis, pro luctu, pro monumentis, preces, oblationes, eleemosynas exquiramus*. Clamemos pues al Dios de la clemencia: pidámosle humildes les conceda su mas pronta y entera libertad. Postrémonos con confianza ante el dulce y paternal trono de su misericordia , á fin de que logren ser contados entre los hijos predilectos de la inmortal Jerusalem, donde para siempre

REQUIESCANT IN PACE.



No seamos inhumanos á las cordiales vo-
 ces: inhumanos comparados á los despojos
 de y monesterios. No haremos
 nuestros caritativos servicios á solo continen-
 tos exteriores: cumplamos con los millos de
 heros, que los virtuosos sagrados. En la car-
 dad nos impoñan. No perdamos de vista es-
 ta noble accion del padre, San Juan Cris-
 ostomo: que haciendo pro lucas, pro mor-
 tuis, proes, oblationes, elegerunt ardu-
 vamus. Oramos para el Dios de la elemen-
 cia: pidámosle humildes las cosas que nos
 pronta y entera libertad. Postremos con
 confianza ante el dulce y paternal trono de
 su misericordia, á fin de que logren ser con-
 tados entre los hijos predilectos de su amor.

tal tenales, donde para siempre
 y para siempre
 un modo de vida que es el

REGRESAR A LA PAZ

que es el
 un modo de vida que es el
 un modo de vida que es el



1021639

C-607

15

